

“madurez”. Pero como es bien sabido, fué Lenin quien resultó estar en lo justo.

¡Es Tiempo de Parar!

Hasta qué punto el pensamiento de Shachtman, iniciado en un falso de punto de partida, ha llegado a degradarse, es lo que podemos ver en el hecho de que describe mi posición como una defensa de la “pandilla de Cannon” y de que insiste varias veces sobre el hecho de que en Francia yo apoyé, también erróneamente, la “pandilla de Molinier”. Todo es reducido a mi apoyo a individuos aislados o a grupos, con entera independencia de su programa. El ejemplo de Molinier sólo espesa la niebla. Trataré de despejarla. Molinier fué acusado, no de alejarse de nuestro programa, sino de ser indisciplinado, arbitrario y de lanzarse en toda clase de aventuras financieras para sostener el partido y su facción. Puesto que Molinier es un hombre muy enérgico y que incuestionablemente posee capacidades prácticas, me pareció necesario —no sólo en interés de Molinier, sino sobre todo, en interés de la organización misma— agotar todas las posibilidades de convencerlo y de educarlo en el espíritu de la disciplina proletaria. Puesto que sus adversarios poseían todos sus defectos y ninguna de sus virtudes, hice todo para convencer de no apresurar una escisión, sino probar a Molinier, una y otra vez. Eso fué lo que constituyó mi “defensa de Molinier”, en el período de adolescencia en la vida de nuestra sección francesa.

La adopción de una actitud paciente para los camaradas disparatados o indisciplinados y los es-

fuerzos resultaron infructuosos; en el espíritu revolucionario como absolutamente obligatorio, son métodos que yo apliqué no solamente a Molinier. Hice intentos de atraer dentro del partido y de salvar a Kurt Landau, Field. Weisbord, el austríaco Frey, el francés Treint y un buen número de otros. En muchos casos, mis esfuerzos resultaron infructuosos; en unos cuantos, fué posible salvar a valiosos camaradas.

En ningún caso hice la menor concesión de principio a Molinier. Cuando él decidió fundar un periódico sobre la base de “cuatro consignas” en lugar de nuestro programa, y dió pasos independientemente para ejecutar su plan, yo estuve entre los que insistieron en su expulsión inmediata. Pero no quiero ocultar el hecho de que en el congreso constitutivo de la Cuarta Internacional estuve en favor de que se probara a Molinier y a su grupo dentro de la estructura de la Internacional, para ver si estaban ya convencidos de lo erróneo de su política. Esa vez, tampoco dió ningún resultado el intento. Pero no renunció a repetirlo, en condiciones apropiadas, una vez más. Resulta muy curioso que entre los peores oponentes de Molinier hubo gentes como Vereecken y Sneevliet quienes, después de haber roto con la Cuarta Internacional, consiguieron unirse con él.

Algunos camaradas, después de conocer mis archivos, me han reprochado amistosamente el haber perdido y el continuar perdiendo mucho tiempo en convencer a “gente sin esperanza”. Les he respondido que muchas veces he tenido ocasión de observar cómo cambian las gentes con las circunstancias y que, por lo tanto, no me apre-